

Queriendo Maximiliano detener la marcha de los franceses contestó, sin mostrar rudeza, los reproches que le hizo Bazaine relativos á la infidelidad de algunas autoridades, y con tal motivo le escribía el 6 de Enero estos conceptos: "Espero que me mandaréis á vuelta de correo, los nombres de las autoridades que os parezcan infieles y que sea necesario destituir, porque quiero poner á vuestra disposición todos los medios que estén á mi alcance. Reemplazaré á estas autoridades." Acerca del pago de las tropas, le aseguraba que había dejado á un lado las mejoras más necesarias en el servicio civil, para consagrar todos los fondos exclusivamente al ejército que por sí solo absorbía las rentas del Estado. Poco después, el 10 de Enero, el Mariscal designó á tres funcionarios y á los Ministros entre las personas que no merecían su confianza. El Emperador le participó dos días después, que las tres personas citadas habían sido reelevadas de su empleo y cambió el Ministerio el 5 de Marzo. Se le reprochaba á Maximiliano que no se apoyara exclusivamente en su partido, olvidando los franceses que esa fué la política aconsejada desde el principio por los generales expedicionarios.

Impelido Maximiliano por Bazaine, colocó al teniente coronel Lafon, recién llegado de Francia y recomendado por Napoleón III, á la cabeza de la gendarmería mexicana; compró seis mil carabinas que habían pertenecido á los separatistas y eran vendidas por los federales, y siguiendo sus trabajos de legislación, anunció que iba á dotar á México de un código civil. Consultaba con Bazaine acerca de las personas y de las decisiones que tomaría pasando por alto el parecer de sus ministros, y procuraba asociarlo en la responsabilidad del gobierno; pero aunque frecuentemente los consejos del comandante en jefe eran escuchados no siempre fueron seguidos.

Las innovaciones de la casa militar de Maximiliano eran tan repetidas, que disgustaron á Bazaine, quien no hizo un secreto de su parecer, llegando á colmo el disgusto cuando vió colocado al frente de la Sección militar, á un capitán por cuyo intermedio se correspondería el Emperador con el Mariscal, con el jefe del Estado Mayor y aún con los Ministros. En aquellos momentos de angustias, Maximiliano intentaba solamente sacar el mejor partido y aprovechar el tiempo en busca del apoyo que pudieran darle los soldados y el tesoro franceses, para salvar la corona, manifestando constantemente el deseo de que los franceses guardaran la línea del Norte y los puntos cercanos á los Estados Unidos, esto es, aquellos sitios en que pudiera haber choque con esa Nación; pero encontraba siempre á Bazaine en guardia contra tales pretensiones, con arreglo á las instrucciones enviadas de las Tullerías.

La insurrección contra el Imperio iba creciendo á tal grado, que todos los Estados del Norte y algunos del Interior y del Sur, habían vuelto á caer bajo el mando de los republicanos. Las poblaciones sabían que serían abandonadas

do intervenir en los negocios interiores de México, y se sostenía que el Imperio de Maximiliano era obra de la voluntad nacional, por lo cual Francia insistía en que los Estados Unidos reconocieran á Maximiliano, ó por lo menos se abstuvieran de intervenir en su contra.



*D. Manuel Pacheco.*

Secretario de la Legación que en Viena representó al Emperador Maximiliano. Esta Embajada se distinguió por su afán en el envío de voluntarios austríacos al servicio de México, para lo cual se firmó en la capital del Imperio austríaco, en Marzo de 1866, una Convención militar cuyo completo desarrollo impidió el gobierno de los Estados Unidos.



por aquellos en cuyo favor habían hecho sacrificios, sin preocuparse los expedicionarios de las eventualidades que pudiese presentar el porvenir. La noticia del regreso próximo del cuerpo expedicionario á Francia, cundió con indecible rapidez y en consecuencia se presentaron derrepente secciones armadas, relativamente numerosas, avanzando resueltas hacia el Interior.

Antiguos Jefes republicanos reaparecen en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas; el General Escobedo, unido á Carbajal, Cortina, Treviño, Naranjo y otros, es nombrado General en Jefe de todas las tropas del Noreste y hace punto objetivo de sus esfuerzos á Monterrey y San Luis Potosí; Corona con los Jefes Pesqueira y García Morales, descende desde Sonora y Sinaloa, para seguir hasta Jalisco é Irapuato, en tanto que el General Régules, dueño de Michoacán, auxilia ya á uno ya á otro de los dos cuerpos de ejército. Por el Oriente, Porfirio Díaz que ocupaba militarmente el Estado de Oaxaca, hizo sentir su influjo por varios distritos de Veracruz y Puebla, y los Alvarez con sus pintos quedan dominando en el Sur. Las tropas republicanas que seguían á los franceses en su movimiento de retirada, fueron engrosando día por día con la multitud que veía fáciles el triunfo y las adquisiciones que de él se seguirían.

Las fiestas preparadas en la capital para la recepción de los Emperadores, no pudieron verificarse por el duelo que ocasionó la muerte del rey Leopoldo; regresaron de Cuernavaca en silencio la tarde del 8 de Enero y se establecieron en Chapultepec, nombraron á D. Francisco S. Mora para dar el pésame al nuevo rey de Bélgica, y con este enviado partió también para Europa Mr. Eloin jefe del gabinete civil de Maximiliano.

Considerado ya el ministerio presidido por D. Fernando Ramírez inadecuado para cooperar á la obra de la Intervención, resolvió Maximiliano nulificarlo, después de su regreso de Cuernavaca, habiendo necesitado de un año para conocer, que los que se opusieron á la Intervención combatiéndola con la pluma y con la espada, no podían convertirse de pronto en agentes eficaces de ella y del Imperio.

A mediados de Enero, recibía Maximiliano al Sr. José Hidalgo, su representante en París, y también era recibido el contralmirante Didelot, venidos ambos con la misión de anunciar á Maximiliano las negociaciones que se llevaban á efecto entre París y Washington. Para estas negociaciones había ido á París el General Schofield con una misión secreta cerca del Ministro Bigelow, quien llevaba ya más de dos meses de haberlas comenzado; sin embargo, Schofield fué recibido por Napoleón y le informó del estado de la opinión pública en los Estados Unidos, y de la necesidad de concluir lo más pronto posible un arreglo para la desocupación de México, porque comenzaban á hacerse superiores al gobierno las sobreexcitaciones de la opinión pública en aquella República. Preparábase una convención y se trataba de dejar á Maximiliano un cuerpo considerable de voluntarios belgas, austriacos, suizos y franceses. Por entonces llegaba también á Veracruz el Coronel Dupin.



Maximiliano tenía fijadas sus miradas en una expedición á Yucatán, refugio de tribus rebeldes y por mucho tiempo campo de revoluciones, departamento ex-céntrico, separado de la capital por el Golfo y por vastas soledades de muy difícil comunicación con el resto del Imperio. En esa y otras expediciones lejanas se pensaba, en los momentos en que los esfuerzos de las tropas imperiales fracasaban, cuando no se podía pagarlas, y los norteamericanos, victoriosos, manifestaban sin embozo, su hostilidad al débil Imperio mexicano.

La situación de éste ya era muy crítica desde comienzos del año de 1866, principalmente porque las cajas de Erario estaban completamente vacías; el ejército reclamaba vivamente sus pagas y carecía de organización administrativa que respondiera á sus necesidades en campaña; faltando dinero quedaban los soldados imperiales mexicanos condenados á morir de hambre ó tomar el carácter de merodeadores, entregados al pillaje y á la falta de lealtad para con el gobierno. Ante esta situación, Bazaine ordenó bajo su responsabilidad, al pagador general francés, hiciese un adelanto de un millón de pesos, necesario para que subsistieran las fuerzas imperialistas, por cuyo servicio le dió las gracias Maximiliano en carta fechada el 5 de Febrero de 1866; pero el gobierno francés no quedó conforme con lo hecho por Bazaine y le ordenó que en lo sucesivo no se hiciera adelanto alguno al trono mexicano, lo que equivalió á sentenciar la caída del Imperio.

El Mariscal Bazaine seguía sin vacilar su plan de concentración ó evacuación parcial, que substituyó al de acción ofensiva que al principio había adoptado; concentraba sus pequeñas columnas para no exponerlas aisladamente y ocupaba ciertos puntos estratégicos que sirvieran para todas las operaciones que pudieran ocurrir; el resto del país quedaría á cargo de las guardias rurales y las legiones extranjeras. Envió al general Ramón Mendez la cruz de oficial de la Legión de Honor con que le obsequiaba Napoleón III. Mendez tenía ya la de Caballero, que le fué concedida por el Mariscal Forey á nombre del mismo Emperador, por el valor y denuedo que mostró en el sitio puesto á Puebla por los franceses.

Al General Mejía le fué entregada la gran Cruz del Aguila Mexicana, por el enviado especial General Humana, ayudante del Emperador Maximiliano; el acto de la entrega se verificó en presencia de toda la guarnición formada en la llanura al Poniente de la ciudad de Matamoros. El general Humana leyó, en el centro de la línea, la carta autógrafa que Maximiliano dirigió á Mejía con aquel motivo.

La frontera del Norte continuaba presentándose como el escollo más difícil de vencer; de allí tomaba aliento la revolución y no se la podía combatir sino con grandes reticencias, porque se huía de herir aun en lo más mínimo, á los norteamericanos que se presentaban dispuestos á provocar un conflicto.

El general Mejía dispuso aumentar las fortificaciones del puerto de Matamoros, organizó de un modo permanente la guardia cívica é impuso al vecindario una contribución de 112,000 pesos, recibiendo los contribuyentes en pago, libranzas sobre Veracruz ó sobre la tesorería de México; los nacionales y resi-

dentes extranjeros pagaron, solamente los norteamericanos se opusieron pretextando que su gobierno no reconocía á Maximiliano, y que por lo mismo nada valdrían más tarde sus reclamaciones.

Hacia fines de Diciembre de 1865, sorprendieron y tomaron los liberales un convoy que iba de Matamoros á San Fernando. Sabido el suceso por el general Mejía, destacó una fuerza que alcanzó á diez leguas del puerto á los liberales acampados, los sorprendió y quitó los carros de que se habían apoderado; después de un combate encarnizado era recobrado el convoy, y hechos prisioneros diecisiete liberales fueron conducidos á Matamoros para ser juzgados. En favor de la libertad de éstos dirigió á Mejía el general Weitzel una nota bastante dura, que le fué contestada en iguales términos.

La debilidad en que se juzgaba á Matamoros, por el abandono que de la frontera llevaban á efecto los franceses, se consideró por el general Escobedo propicia ocasión para apoderarse de aquel puerto, tan deseado y á propósito para constituir en él la base de las importantes operaciones sobre el interior del país.

El 2 de Enero (1866) marchaba otra vez Escobedo sobre Matamoros; esta vez ya provisto de bastante artillería, con fuerzas considerables que bajaron por Camargo para atacar la plaza. Una corta sección de sus fuerzas pertenecía á los reclutados por el coronel Reed, quien mandó poner en las calles de Brownsville grandes carteles ofreciendo alimento, vestido y cincuenta pesos en oro al mes, al voluntario que quisiese acompañarle á Monterrey. Las autoridades unionistas mandaron que esos legionarios acamparan fuera de Brownsville y que lo hiciesen de tal modo que no comprometieran la neutralidad.

El jefe unionista Weitzel, se opuso á que el general Mejía fusilara á unos prisioneros, y éste le contestó que haría lo que le pareciese debido al tribunal competente. El general americano se mostraba pesaroso por no poder romper las hostilidades contra Matamoros, á causa de tener para ello terminante prohibición, y aun llegó dar á un individuo apellidado Crawford el título de general del Ejército mexicano.

Tampico y Matamoros, importantes puertos de Tamaulipas, eran el objetivo principal de las miras de los republicanos que constantemente inquietaron aquel Departamento. Matamoros había sido hostilizado sin descanso por fuerzas de Cortina, á las que se incorporaron porción de soldados negros. Tampico, aunque mejor resguardado por su posición, resentía también las consecuencias de estar ocupados sus alrededores por liberales que, posesionados de Ciudad Victoria, Tula, Santa Bárbara y demás poblaciones situadas en el camino de San Luis, mantenían ese puerto incomunicado.

Entre los generales Mejía y Weitzel siguieron las ásperas comunicaciones por distintos asuntos, hasta que el primero de ellos le participó al americano, que devolvería sin respuesta las comunicaciones que le enviase, si eran del tenor de la que tenía á la vista, relativa á la pretensión de Weitzel para que no fuesen fusilados los liberales.